

Lucharon por la libertad, tuvieron que ser olvidados

Después de 1945, el mundo rindió homenaje a sus soldados que participaron en la victoria sobre la Alemania nazi. En Polonia fue diferente. Las autoridades comunistas hicieron todo lo posible para que la sociedad olvidara a los héroes de guerra. Durante mucho tiempo y de forma insistente y constante, atormentaron a quienes osaron oponerse a ellos. Solo hoy les damos el honor que merecen.

Andrzej Ciepliński no tardó en quedarse medio huérfano. Apenas tenía unos meses de vida cuando, en noviembre de 1947, la policía secreta comunista detuvo a su padre, Łukasz, un muy distinguido oficial, todavía joven pero experimentado. Tres años después, tras un breve pseudojuicio, el hombre escuchó su sentencia de muerte. En la sala de justicia pudo volver a ver a su mujer y a su hijo. Más tarde, hasta los últimos días de su vida, pudo enviar a sus seres queridos mensajes secretos desde su celda. “Todos luchamos por Polonia”, se dirigía a sus hermanos. – Hoy moriré por ella. Queda Andrzejek. (...) Debéis sustituirme como padre”.

El jueves 1 de marzo de 1951 el teniente coronel Łukasz Ciepliński fue asesinado de un disparo en la nuca. La misma suerte corrieron entonces seis de sus subordinados que estaban recluidos con él en la prisión de Mokotow, en Varsovia. Los cuerpos no fueron entregados a las familias.

Desde hace once años, cada 1 de marzo celebramos el Día Nacional del Recuerdo de los Soldados Proscritos en Polonia. Así llamamos hoy a quienes se resistieron a la soviétización de su patria después de la Segunda Guerra Mundial, y a quienes las autoridades comunistas negaron obstinadamente su dignidad hasta el final.

Segunda conspiración

Una enorme multitud se volcó en las calles de Londres el 8 de mayo de 1945. Los ciudadanos, entusiasmados, rodearon el coche de Winston Churchill. El Primer Ministro británico, que acababa de ir a almorzar con el Rey Jorge VI, correspondió pacientemente con sonrisas y dispuso sus dedos en forma de la letra V, en señal de victoria.

Aquel martes se produjeron escenas similares en los Campos Elíseos de París, en el Times Square de Nueva York y en muchos otros lugares del mundo. El Reich alemán capituló incondicionalmente. Las potencias vencedoras celebraron el fin de la Segunda Guerra Mundial en Europa.

También se hicieron estallar fuegos artificiales en Varsovia, y un día después las autoridades celebraron un mitin de la victoria. Pero el ambiente estaba lejos de ser entusiasta, y no solo porque la ciudad estaba en ruinas. Aunque la sangrienta ocupación alemana había terminado, no parecía que los polacos fueran a poder vivir tal y como deseaban. El Ejército Rojo se encontraba en el país, y fueron los soviéticos quienes impusieron su orden. Un gobierno títere dominado por los comunistas estaba en funciones en la capital. Los soldados de la resistencia, que hasta hace poco habían luchado heroicamente contra los alemanes, seguían escondidos en los bosques porque estaban amenazados de ser encarcelados y deportados a Siberia.

Ciepliński también permanecía en constante peligro. Durante la guerra, dirigió el Organismo de Inspección de Rzeszów del Ejército Nacional, un ejército clandestino que reconocía la autoridad del gobierno polaco en el exilio en Londres. Los subordinados de Ciepliński

tuvieron numerosos éxitos en su haber, como la captura de partes de los misiles V1 y los cohetes V2 alemanes. Sin embargo, los méritos de la guerra no significaban nada en la Polonia controlada por los comunistas. Al contrario, los héroes de los tiempos de la ocupación alemana eran peligrosos para las nuevas autoridades porque tenían experiencia en la lucha por la libertad.

En la realidad de la posguerra Ciepliński siguió conspirando. Ocupó puestos de liderazgo en sucesivas organizaciones clandestinas que continuaron la misión del disuelto Ejército Nacional. Los objetivos eran claros: sacar al ejército soviético y al NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) de Polonia, garantizar las libertades básicas de los ciudadanos e introducir los principios democráticos en el sentido occidental de la palabra. Ninguna persona realmente pensante contaba con una derrota armada de los soviéticos. Por lo tanto, la acción militar se limitaba a la necesaria autodefensa. Se trataba más bien de contrarrestar la propaganda comunista con una campaña de información propia, dirigida a sus conciudadanos, pero también al mundo occidental. Finalmente, Stalin aseguró a los estadounidenses y a los británicos que habría elecciones libres en Polonia.

Condenados al olvido

Me llena de admiración el pueblo inquebrantable que, tras casi seis años de terror alemán, se levantó de nuevo para luchar por la libertad, esta vez contra los soviéticos y sus secuaces de la propia Polonia. Decenas de miles de polacos no depusieron las armas al final de la Segunda Guerra Mundial. Si añadimos a aquellos que participaron de otras formas en la conspiración de posguerra o apoyaron la clandestinidad, podríamos estar hablando de varios cientos de miles de personas. Ante una resistencia de tal magnitud, algunos historiadores utilizan el término de levantamiento anticomunista.

Después de que los comunistas amañaran las elecciones parlamentarias a principios de 1947, parecía que la última esperanza de libertad para Polonia era el conflicto armado entre Occidente y la Unión Soviética. Este conflicto, sin embargo, no iba a llegar. Los siguientes soldados de la resistencia por la independencia fueron detenidos o murieron en combate. El último “Proscrito”, Józef Franczak “Lalek”, fue asesinado en una incursión en 1963.

Pero el terror rojo no alcanzó solo a los que se levantaron en armas contra las nuevas autoridades. También se produjeron detenciones e incluso condenas a muerte a quienes creían en las “amnistías” de los comunistas, quienes salieron a la luz porque simplemente querían vivir y ayudar a reconstruir el país. Jan Rodowicz “Anoda”, a menudo condecorado por su heroísmo en la lucha contra los alemanes, después de la guerra retomó sus estudios en la Universidad Tecnológica de Varsovia. Detenido por la policía secreta, murió en circunstancias que aún no están claras en 1949, durante una brutal investigación. El general August Emil Fieldorf, uno de los oficiales más importantes del Ejército Nacional, fue ahorcado en 1953, a pesar de que después de 1945 no participó en ninguna conspiración contra los comunistas. Podemos suponer que después de la Segunda Guerra Mundial decenas de miles de víctimas del régimen comunista – los muertos en combate, los torturados en prisión o los asesinados en el marco de delitos judiciales – fueron enterrados en suelo polaco.

Al asesinar a sus oponentes, las autoridades instaladas por Stalin también pisotearon su memoria. La viuda de Ciepliński no pudo encender una vela en la tumba de su marido porque éste ni siquiera tenía una tumba. Vivió con el estigma de ser la “esposa de un bandido” – es significativo que los alemanes se refirieran anteriormente a los soldados de la resistencia

polaca como bandidos. Bajo el régimen comunista, personas como Ciepliński fueron borradas de la historia o calumniadas durante muchos años, algo de lo que se encargaron los historiadores y propagandistas del régimen. Las mentiras sobre los Soldados Proscritos se afianzaron de tal manera, que aún hoy las repiten algunos periodistas y políticos elegidos democráticamente.

El reconocimiento después de muchos años

Sin embargo, en los últimos años también hemos observado el fenómeno contrario: un auténtico culto a los Soldados Proscritos. Los jóvenes llevan camisetas con su imagen, los raperos y rockeros les dedican sus canciones. La restauración de la memoria de los soldados de la clandestinidad independentista de la posguerra implica no solo a los hinchas del fútbol, sino también a las autoridades y a las instituciones estatales, entre ellas el Instituto por la Memoria Nacional, que tengo el honor de dirigir.

Ciepliński también recibió un reconocimiento que llegó con retraso. Condecorado póstumamente con la Orden del Águila Blanca – la más alta condecoración del Estado polaco – hoy su nombre se encuentra en numerosas calles, escuelas y una de las agrupaciones de *scouts* en Polonia. Su imagen se muestra en un sello de correos y en una moneda de plata de coleccionismo. Sin embargo, todavía no sabemos dónde fue enterrado Ciepliński de forma anónima. El Instituto por la Memoria Nacional se esfuerza por localizar e identificar sus restos, como ya ha hecho en el caso de muchos otros de los Soldados Proscritos asesinados por los comunistas. Haremos todo lo posible para enterrar a todos nuestros héroes con dignidad.

Karol Nawrocki, El mayor ejército clandestino del mundo